

No es Broma

El Tribunal de Conciliación de Los Ángeles publica estadísticas que muestran que cada año más de un millón de parejas americanas se divorcian. Otro grupo similar se separa sin divorciarse; y un tercer grupo se divorcia “psicológicamente” mientras intentan coexistir bajo el mismo techo.

Millones de niños indefensos son los restos y despojos arrastrados por la marea después de que estos matrimonios han naufragado. Cada uno de estos niños privados de un padre natural casi inevitablemente tendrá problemas para tener éxito en su propio matrimonio. El registro establece que la generación actual de niños de hogares rotos es una bomba de tiempo social a punto de explotar.

Cuando el amor muere y el divorcio sigue, el resultado es con demasiada frecuencia la amargura más desgarradora que los humanos pueden experimentar.

¡Es fenomenal cómo la gente puede cambiar! Observándolos mientras cortejan, pensarías que son la pareja más dulce que jamás hayas visto. Ambas familias y amigos se regocijan por la pareja “perfecta”. Luego, algo misteriosamente se seca de raíz. Ninguno de los cónyuges puede identificar qué ha causado la diferencia.

De alguna manera, una serpiente acechaba bajo las flores en este Jardín del Edén. Cada cónyuge comenzó a frotar al otro como papel de lija. La conversación se volvió tensa, las palabras se volvieron ásperas y a veces crueles. Los abrazos se volvieron difíciles. Uno u otro empezó a llegar tarde a casa. Los aniversarios se olvidaron, los suegros fueron descuidados o evitados. Vientos salvajes de pasión soplaron como tormentas de arena en discusiones y peleas. Estar juntos ya no era divertido. Cada uno empezó a temer volver a casa para enfrentar al otro. En una atmósfera tan tensa, cada palabra o acto inocente adquirió un matiz siniestro, y las acusaciones y contraacusaciones volaron. En este momento, el amor agrio empezó a cuajarse en amarga animosidad y celos. Al final, el viaje matrimonial sobrepasa el punto de no retorno, y el divorcio se perfila como la única manera de terminar con la miseria mutua.

Las consecuencias de la devastación pueden ser peores que la tormenta original. Nadie gana, excepto los abogados. Ya sea que el problema sea la división de bienes, los pagos de pensión alimenticia, la manutención de los hijos, la custodia de los hijos o los derechos de visita, los tribunales se ven obligados a lidiar con los estragos durante años.

Hay, de hecho, casos en los que todo lo demás falla y el divorcio o la separación es la única solución. El Nuevo Testamento reconoce que tales situaciones existen. Ver Mateo 19:3-12; 1 Corintios 7:10-15. Pero en algunos, sí, en muchos casos, hay una solución mejor: es aprender a vivir con un cónyuge testarudo y aprender a hacer que un matrimonio infeliz se convierta en uno feliz.

Barbara Russell Chesser, en un artículo de *Reader's Digest*, dice que en un estudio de 60 parejas divorciadas, los investigadores encontraron años después “muchos problemas sin resolver”. Pero esto no es todo. Parte del trauma proviene de pensar que la ruptura resolverá los problemas, solo para descubrir que con frecuencia estos empeoran después del divorcio. Los estudios muestran que, proporcionalmente, los segundos matrimonios terminan en divorcio con más frecuencia que los primeros.

Hay pocos matrimonios donde ninguna pizca de mal genio se entromete. Los seres humanos son imperfectos y están destinados a irritarse mutuamente al menos algunas veces. Un divorcio es un desgarramiento violento, pero siempre comienza con la grieta más tenue. Alfred (Lord) Tennyson lo expresó bien:

Es la pequeña grieta en el laúd,

Que poco a poco enmudecerá la música,

Y, ensanchándose lentamente, lo silenciará todo.

La pequeña grieta en el laúd de los amantes,

O la pequeña mancha picada en la fruta cosechada,

Que pudriéndose por dentro, lentamente lo corrompe todo.

—Tennyson, “Merlín y Vivien”

Las pequeñas grietas en los laúdes pueden repararse. No se desecha un violín Stradivarius agrietado; se envía a expertos restauradores, pues tales instrumentos valen una fortuna. Tu matrimonio puede ser aún más valioso.

Existe un Maestro Reparador que ama sanar la grieta dentro del laúd. Los consejeros matrimoniales sabios son Sus siervos; pero Él es la verdadera fuente de su sabiduría. El primer paso es creer que este Maestro Reparador está dispuesto y es capaz de asumir tu caso. Nuestro gran Reparador de las “grietas dentro del laúd” del matrimonio amaría hacer algo infinitamente más valioso que reparar una caja de música.

Quizás el primer problema a resolver es que el Maestro no nos reprende por meternos en los problemas que sabemos que merecemos. La culpa por las propias contribuciones a la discordia matrimonial a menudo es tan grande en nuestra conciencia que dudamos en creer que Dios hará algo por nosotros. El diablo tiene una forma de hacernos pensar que merecemos la miseria que nos llega. Que nuestra primera lección sea esta confianza en Él: «si a alguno de vosotros le falta sabiduría, que se la pida a Dios, y le será dada, porque Dios da a todos generosamente y sin reproche. Pero debe pedir con fe, sin dudar en su mente; porque el que duda es como una ola del mar, agitada y llevada de un lado a otro por el viento.» (Santiago 1:5, 6, NEB). Sí, estamos buscando *Buenas Nuevas* para creer. Empieza creyendo la gracia de Dios —Su bondad y generosidad al perdonarnos y salvarnos del mal que merecemos—. Deja de culparte a ti mismo, a tu cónyuge o a tus suegros, y empieza a aceptar ese perdón. Nada sana tan dulcemente como eso.

Podemos recibir todo tipo de buenos consejos, pero somos incapaces de ponerlos en práctica si estamos paralizados por la idea de que Dios nos reprocha por nuestros errores pasados. Pero Su Palabra tiene buenas noticias para quien sinceramente busca ayuda.